

La Juventud Literaria.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año VII.

Murcia 5 de Mayo de 1895.

Núm. 263.

Suscripción: En Murcia, 50 cts. al mes.
Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio y
periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

Imprenta y oficinas: Mariano Padilla, 49.

La correspondencia al director. No se
devuelven los originales. Número suel-
to 10 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

El miércoles, mis lectores,
dió comienzo el mes de Mayo;
mes poético, florido
y el mas hermoso del año;
mes que tiene el privilegio
de ser traído y llevado
por poetas de verdad
y por humildes poetastros,
que sin cesar le dedican
de su inspiración el parto.
Yo te saludo buen mes
y ruégole al cielo santo
que te veamos terminar
sin congojas ni quebrantos.

Basta de versos; mi imaginación no está
hoy por la poesía.

Esto no tiene nada de particular, porque
si á decir verdad fuese, les diría que no ten-
go ganas de escribir ni prosa ni verso.

Más hay que hacer el Palique y lo que es
yo lo hago, vaya que lo hago.

Lo primero que hago es, decir al Sr. Gor-
dito, director del «Murcia Taurina», que ni
soy diestro, ni Nene, y que la broma que
conmigo gastó en su último número, no tie-
ne pizca de gracia. Por lo tanto, suplico al
Sr. Gordito, que desde hoy en adelante no
se ocupe de mí, ni para bueno ni para malo.
Y aquí paz y después gloria.

Galantemente invitado por los Sres. Amat
é hijo, asistí el domingo último al banquete
que ofrecía á la prensa, con motivo de la inau-
guración de su lujoso comedor, en el piso
principal de su ya acreditado restaurant.

El espléndido menú se componía de los
siguientes platos:

Sopa.—Consomé Imperial.
Entradas.—Pastelillos á la Reina y Mero
al Graten.

Relevés.—Solomillo á la Regencia.
Legumbres.—Guisantes á la francesa.

Entrada fría.—Jamón huevos hilados.
Asado.—Pollo de Bayona.

Vinos.—Jerez, Rioja tinto, Rioja blanco,
Heredia, Macón, Medeira y Champagne.

Dulces.—Budín de Babineto.
Fruta.—Fresa.

Hielados.—Plonvieux Glassé.
Café, licores y habanos.

Los comensales fueron los Sres. D. Her-
menegildo Lumeras, por «La Paz»; D. José
Frutos Baeza, por «El Diario»; D. Felipe
Blanco de Ibañez, por «El Noticiero»; don
Antonio Pérez Rodríguez, por «El Pueblo»;
D. Joaquín Arques, por «La Tarde»; D. Ma-
nuel Acedo, por «Murcia Taurina» y D. Ra-
món Blanco, por LA JUVENTUD LITERARIA.

Doy mi enhorabuena á los Sres. de Amat
por la importante mejora que han introdu-
cido en su restaurant y las gracias más ex-
presivas por la distinción que tiene á la
prensa local.

Para esta tarde, si el tiempo no lo impi-
de, se verificará en nuestro gran circo tau-
rino la primera novillada de la actual em-
presa.

Las noticias que tengo del ganado son
satisfactorias.

Ahora solo falta que las cuadrillas cum-
plan como buenas.

Eramos pocos, etc.
Hoy verán la luz pública dos periódicos
semanales: «El Taurino» y «Murcia Ci-
clista».

El último de estos semanarios lo dirigirá
mi querido amigo y licenciado en Filosofía
y Letras, D. Antonio Pérez Pimentel.

Este periódico llamará la atención del
público.

Sus repartidores irán en bicicleta.

La anterior noticia me ha despertado la
vena poética y me voy á cantar por too lo
alto:

Cuando paso por tu calle
y en el balcón te contemplo,
me dan ganas de decirte
lo mucho que yo te quiero.

Ne sé que tendrán tus ojos
para que con su mirar,
chiquilla, me vuelvan loco.

Yo te adoro con locura
y en cambio tú... me aborreces...
¡Quién sabe si con el tiempo
cambiaremos de papeles!

No me digas nenica
que no te quiero,
sabiendo que yo vivo
con tu recuerdo.
No seas ingrata...
porque á eso yo le llamo:
Meter la pata.

Ramón Blanco



EN BROMA

Un gato engafarrado en la nariz;
Un hueso en la garganta, de través;
Un sembrado de callos en los pies
Y una sarna perruna por barniz;
Un dolor en las muelas de raíz,
Un divieso y sin fin otros después,
Fieras bascas de un mes y de otro mes,
Un dogal con carlanca en la cerviz;
Un baño en cueros vivos de alquitrán,
Sinapizmazo en parte no común,
Sentirse en el ombligo un alacrán,
Estar de un cocodrilo en mancomún,
Y vivir cual murió San Sebastián,
Eso es el matrimonio y más aún.

Julio Monreal.

Eminencias contemporáneas



DON EMILIO ZOLA.

Histórico

Hora, las diez: tiempo rudo;
en la esquina luz incierta,
y en el quicio de una puerta
un hombre casi desnudo.

En blancos copos la nieve
del cielo se desgajaba:
hacia el pobre se acercaba
un hombre, con paso breve.

Tendió el mendigo su mano,
una limosna pidió
y el otro le contestó:
¡que Dios lo remedie hermano!

Siguió su marcha tranquila;
dobló el mendigo la frente
¡y una lágrima candente
resbaló por su pupila!

Y con acento que aterra
murmuró de pena loco
¡A Dios le importa muy poco
de cuanto pasa en la tierra!

J. Adán Herned.

EL FUSILADO

El sol descendía en el horizonte, y á la
luz de sus rayos aún podía reconocerse la
faz de cinco hombres, que yacían en tierra,
acribillados á balazos, en cumplimiento de
la justicia humana. El delito que pidió tal
castigo, no fué otro que un grito de libertad
dado en tiempo de tiranía, y como todo lo
extemporáneo es raquítico y graves sus con-
secuencias, el grito resultó muy débil, y en
cambio, muy fuerte la pena.

La media noche sería, cuando de misera-
ble casucho, colocado en oscura y ensorti-
jada calle, salió una mujer, de aspecto sim-
pático, y aún me atrevería á llamarla her-
mosa, sinó temiera la risa del espeso velo
que ocultaba su rostro.

¿A dónde se dirigía? No lo sabemos, pero
sus acelerados pasos demostraban claramen-
te que el asunto que la movía á salir en
aquellas horas, era urgente; no daba espera.

La descarga que segó en flor la vida de
nuestros exánimes personajes, repercutía en
mis oídos de una manera tenaz. Yo no pude
permanecer indiferente. Entre los sacrifica-
dos, había uno á quien me unían vínculos
entrañables de amistad. Necesitaba saber si
mi amigo había sucumbido ó nó á la metra-
lla: volé, pues, al sagrado recinto á que le
trasladaron, en busca de la noticia que me
devoraba.

En la mansión de muerte que la higiene
inventó, me esperaba el sepulturero, fiel al
dios Oro.

—¡Vuestro protegido está sano y salvo!
Entre, y lo verá—apresuróse á decir.

Así lo hice; recorrí largo sendero guarne-
cido á derecha é izquierda de lápidas, co-
lumnas y cruces, y por fin abracé al amigo,
que ya consideraba perdido para siempre.

—Aún el recuerdo del pasado día me per-
sigue cruel—hablé—parecíame increíble
el escapar con vida; pero la esperanza, de
cuando en cuando, se ensañaba del áni-
mo, y otra vez pensaba en el mundo del que
trataban de arrojarme: pasado algún tiempo,
y cuando los soldados se disponían á cum-
plir la sentencia fulminada contra mí, puse
en juego la estratagema de hacerme el muer-
to y con tan buen resultado, que fui tenido
como tal, y conducido á este fúnebre re-
cinto.

—¡Bien, Luis! Todo se ha realizado como
lo habíamos concebido en la capilla. Ahora,
arrematar la obra.

—¿Adónde iremos?

—No lo sé. Esperame aquí; voy á la ciu-
dad á buscar un coche, y luego... Dios nos
inspirará.

—Conforme.

—¡Hasta muy pronto!

Dicho esto, salió del cementerio, en cuya
puerta quedaban el enterrador y una dama,
vestida de negro, discutiendo acaloradamen-
te, pero al poco rato, picado por la curiosi-
dad, volvió la cabeza atrás, y vi que el sepul-
turero y la dama entraban en el interior,
amistosamente.